

Enseñar a pensar



Capítulo 1

Pensamiento abstracto o crítico



Pensamiento abstracto o crítico

Cuando queremos potenciar el pensamiento crítico de nuestro alumnado, debemos fijarnos en **cuatro aspectos** fundamentales de sus respuestas: la relevancia, la claridad, la estructura o la lógica y la reversibilidad.

Vamos a ver cada uno de ellos a continuación.

1. La relevancia

Ayudaremos a nuestro alumnado a conseguir un pensamiento crítico y abstracto, cuando exijamos que **su respuesta se adecúe a lo que se le ha preguntado**; es decir, que exista una correspondencia entre lo preguntado y lo contestado.

Cada vez que preguntamos algo a nuestro alumnado y le pedimos que utilice este criterio, le ayudamos a tener un pensamiento abstracto y crítico.

Si hemos pedido un ejemplo, lo que le estamos pidiendo es que la respuesta contenga uno; si hemos pedido un argumento, que responda con uno; si hemos pedido un 'quién', que la respuesta sea un 'quién', etc.

Lógico, ¿verdad?

Si pedimos un 'quién', el alumno no puede responder con un 'por qué'.

En aquellos casos en que un alumno/a no responda a la pregunta que le hemos formulado, el mayor favor que podemos hacerle es explicarle por qué su respuesta no es válida y mostrarle; por un lado, **qué es lo que se está preguntando** y, por otro, **qué es lo que él/ella está respondiendo**.

De este modo, el alumno/a verá la importancia de responder claramente a aquello que se le pregunta y entenderá que debe ser exigente con su pensamiento y con su respuesta: buscará la relevancia.

Este proceso puede hacerse a lo largo de toda la escolarización. Desde el momento en que los niños y las niñas empiezan a hablar, podemos preguntarles temas que sepan responder, para que comiencen a practicar la relevancia.

2. La claridad

La claridad hace referencia a cómo está estructurada la respuesta que da el alumnado. La pregunta que el alumno/a debería hacerse es: esto que acabo de responder, ¿se entiende con claridad?

En caso afirmativo, podemos intentar animarle a mejorar un poco más reescribiendo la respuesta, para que contenga **el menor número de palabras posible**. ¡Es una forma de poner en funcionamiento su cerebro y de autoexigirse claridad y concreción!

La claridad siempre incluye algo breve, pero con toda la información que es relevante.

Una forma sencilla de hacerlo es, para corregir una respuesta de un ejercicio cualquiera, pedir a diversos estudiantes que copien la respuesta de sus cuadernos en la pizarra. Así, entre toda la clase, podemos ir preguntándonos si es claro y, en caso que así sea, si contiene toda la información clave y si se puede quitar alguna palabra para ser más exactos. Trabajar con toda la clase algunos ejemplos reales en la pizarra, les explicita el proceso mental que lleva a afirmar si un texto es o no mejorable y cómo. Al compartir el proceso, lo aprenden.

3. La estructura o la lógica

Si la respuesta es un poco larga, podemos pedir al alumnado que, en primer lugar, exponga su argumento, seguido de los ejemplos y los contraejemplos y, si queremos, una conclusión.

Debemos hacerle ver que las ideas no pueden estar mezcladas, ya que afectarían a la claridad del mensaje.

Por lo tanto, le estamos pidiendo que la respuesta tenga **una estructura lógica**.

Una vez que el alumno/a ha escrito sus respuestas, le animamos a plantearse cómo puede mejorar en estos tres puntos.

¿Y por qué le pedimos que la escriba?

Porque de este modo, el alumno/a puede valorar si lo que está escribiendo cumple con estos tres ítems: relevancia, claridad y estructura.

También aquí, una buena estrategia es que uno o varios alumnos salgan a la pizarra y escriban su respuesta. Así, el resto de la clase puede detectar si las respuestas cumplen con los requisitos citados y, en caso que sea necesario, mejorarlas entre toda la clase, aprendiendo a hacerlo.

De este modo, ayudamos a nuestro alumnado a ver cómo puede cambiar su respuesta por una que sea más relevante, clara y estructurada. Al ofrecerle modelos que pueda debatir y discutir, aprende a estructurar su pensamiento de forma más rápida.

Gracias a esta actividad, los alumnos empiezan a **diferenciar entre lo que es información y lo que es conocimiento**. No basta con poner lo que se ha oído o leído, sino argumentarlo con claridad.

4. La reversibilidad

Trabajaremos este último punto desde cuatro puntos de vista: la reversibilidad física, la reversibilidad mental, la reversibilidad empática y la reversibilidad moral.

La reversibilidad física se trabaja mucho en las primeras etapas de la educación infantil. Se trata de la capacidad de **imaginarse la perspectiva de algo, desde puntos de vista físicos distintos**. Por ejemplo, una cosa es lo que podemos ver desde la ventana de la clase y la otra es lo que ven los alumnos que se encuentran un piso por encima (seguramente no verán lo mismo que nosotros desde la misma perspectiva). Para entrenar a nuestro alumnado en reversibilidad física, podemos preguntarle: ¿qué vemos desde la ventana de clase? ¿Y qué veríamos si estuviésemos un piso por encima?

Este es un primer paso para la formación del pensamiento abstracto de nuestro alumnado: ser capaz de descentrarnos e imaginarnos en la posición física de otra persona, a voluntad.

Un segundo tipo de reversibilidad es **la mental**. Se trata de la capacidad de entender el mundo desde la perspectiva cognitiva de otra persona; es decir, de **ponerse en el lugar mental del otro**. Por ejemplo, ¿cómo veía el mundo el rey o la reina en la Edad Media?, ¿cómo veía Hitler el mundo?...

No les pedimos que lo justifiquen, sino que comprendan el mundo desde un ángulo concreto que existió. Se trata de dar un paso más allá a la reversibilidad meramente física. Sin reversibilidad mental, no se puede pasar al siguiente nivel.

El tercer nivel es la **reversibilidad empática**: ¿cómo nos sentiríamos si fuésemos un campesino en la Edad Media?, ¿cómo nos sentiríamos si fuéramos una persona de origen judío, en la Segunda Guerra Mundial?, etc. La pregunta implícita es: ¿cómo se siente desde cada uno de estos roles? Este paso es imprescindible para pasar de la mera comprensión mental a una comprensión muchísimo más profunda.

El último nivel es la capacidad de **buscar aquello que es justo**, después de entender el punto de vista de diferentes actores y comprender cómo se sentían, al margen de quién fueran. Se trata de la **reversibilidad moral**. Muchas veces, puede convenirnos más una acción que otra, pero puede suceder que optemos por una respuesta que nos beneficie menos, si somos capaces de entender que lo que buscamos no es nuestro beneficio, sino aquello más justo.

Cuando un alumno/a tiene la capacidad de situarse en distintos roles y es capaz de sentir del mismo modo, puede llegar a decidir qué es lo mejor, incluso, si esa decisión va en contra de sus intereses.

Lamentablemente, los estudios afirman que un máximo de un 10% de las personas adultas alcanzan la reversibilidad moral. Sin embargo, si queremos un mundo verdaderamente justo, es imprescindible que ayudemos a nuestro alumnado a hacer este salto.

Ojalá nosotros sepamos trabajar con nuestro alumnado, para que no solo tenga una reversibilidad física, moral y empática, sino también moral, y sepa tomar decisiones, basándose en lo que es más justo y no en lo que le beneficia.